

ron la vacuna á la infantita más chica, y como la Reina tiene tanta confianza con el Sr. Arzobispo, quiere que esté en estos casos, porque si él está dice que siempre sale bien todo (1).„

Tampoco pudo prescindir algunas veces de tomar parte en ciertas funciones públicas extraordinarias, lo cual acrecía la dificultad de atender con la prudencia debida á tantas, tan graves y variadas ocupaciones, capaces de trastornar la cabeza mejor asentada y de enflaquecer la constitución más robusta. Esto no obstante, el P. Claret no padeció quebranto en su salud ni disminución de sus fuerzas hasta el año 1865, al fin del cual comenzaron á molestarle algunos achaques crónicos que, sin embargo, no le impidieron seguir trabajando, como se verá, con los mismos bríos y felices resultados que antes.

Como conclusión de este capítulo, referiré un hecho que prueba que el Señor, á las veces, comunicaba á su lenguaje cierto aire profético que hería vivamente los corazones. Predicando un día en el Noviciado que las Hermanas de la Caridad tienen en Madrid, y hablando á las presentes de la excelencia de su vocación, les dijo que la Hermana que abandonara su estado no tendría paz en toda su vida ni en la hora de la muerte. "He tranquilizado,—añadió,—á muchas almas; pero nunca he podido calmar las inquietudes de una Hija de la Caridad que ha abandonado su vocación.„ Luego mudó de voz, y con aire terrible pronunció estas proféticas palabras: "Ahora mismo hay entre las que me escuchan una que piensa salirse de la Congregación, y yo le digo de parte de Dios que, si se sale, se condenará.„ Á los pocos días salía, en efecto, del Instituto una Hermana, con gran espanto de sus compañeras, las cuales, todas unánimemente, creyeron que el P. Claret había ido expresamente á predicarles para dar de parte de Dios aquel terrible aviso á la Hermana tentada, pues había ido á dirigirles la palabra en un día desacostumbrado y en circunstancias que llamó la atención de las Hijas de San Vicente (2).

(1) Carta de Ignacio Betriu, 7 de Mayo de 1860.

(2) Carta de Sor Carmen Piera, testigo presencial del suceso.



## CAPÍTULO VI

### DE LOS TRABAJOS APOSTÓLICOS DEL PADRE CLARET EN SUS VIAJES CON LA REINA HASTA EL AÑO 1866

1. Providencia de Dios en los viajes de Isabel II. — Contrastes. — 2. Viaje á Castilla, León, Asturias y Galicia, y prédicaciones del Siervo de Dios durante él. — 3. Cómo veraneaba en La Granja. — 4. Viaje en 1860 á las Islas Baleares y á Cataluña. — Predicación en Burgos. — 5. Viaje á Andalucía. — Estado moral de Andalucía. — Celo apostólico del Siervo de Dios en este viaje. — Episodios en Cádiz. — Término del viaje.

1. Parece que el Señor había predestinado verdaderamente al P. Claret para ser el Apóstol de España en este siglo. Por esto sin duda, sacándole de la obscuridad á que le condenaba su humilde nacimiento, le puso en la corte de España al lado de la Reina, desde donde debía necesariamente llamar la atención por el extraño contraste que á los ojos del mundo presentaba el suave perfume de modestia, humildad y recogimiento que esparcía en torno suyo, con las pompas y vanidades de la grandeza humana, y más aún con la corrupción de algunos cortesanos y de no pocos que estaban revestidos con las primeras dignidades del Gobierno. Cabalmente con la exaltación del P. Claret al levantado puesto de confesor de la Reina de España coincidieron aquellos famosos viajes veraniegos de Isabel II, que tanto dieron que hablar á los políticos y no políticos, y que el Señor, en su alta Providencia, por más que los hombres intentaran aprovecharlos para sus torcidos fines, ordenó principalmente á hacer á España entera, como postrer reclamo de su misericordia, un llamamiento extraordinario á la penitencia y á la virtud por la voz poderosa del santo Prelado que en Madrid había despertado tantas conciencias del profundo letargo de sus vicios. El espectáculo que, merced á la elocuente palabra del

Siervo de Dios, ofrecieron en España aquellos viajes regios, apenas tiene precedente en la historia, y de seguro que, humanamente hablando, pasarán siglos y siglos, si es que alguna vez tornan á presenciarse.

Por un lado la Reina, con los personajes de su real comitiva, hacía ostentación de su grandeza y de sus liberalidades, con las que se ganaba la voluntad hasta de los enemigos del trono; por otro un Prelado de la Iglesia, con continente humilde, modesto y cariñosamente afable, viajando en medio de esa grandeza, como la estatua de la Virtud rodeada de las seductoras imágenes de todos los halagos del mundo; por una parte, los pueblos llenos de entusiasmo levantaban arcos de triunfo y preparaban juegos variados y originales para recibir regiamente á los Reyes y hacer su estancia agradable; por otra, el santo Arzobispo, que, detenido como por fuerza en medio de las personas reales, apenas llegaba á la estación se desprendía de la regia comitiva, se encaminaba á la iglesia y hacía allí oír su poderosa voz á innumerable muchedumbre que le había seguido como hechizada por haber oído pronunciar su nombre envuelto en suave aroma de santidad; mientras en un punto la muchedumbre festejaba á la Reina, en otro, nueva muchedumbre, acaso mayor, lloraba compungida al escuchar las fervorosas exhortaciones del santo Misionero, ó le aclamaba respetuosamente y se disputaba el honor de besar su anillo ó la orla de su vestidura. Vamos á dar una sucinta relación de los trabajos apostólicos llevados á cabo en estos viajes, que acaso resonaron aún más en España por lo que en ellos hizo el Siervo de Dios que por sus resultados políticos.

2. El primer viaje que emprendió acompañando á la Reina fué á Castilla, León, Asturias y Galicia en el verano de 1858. Su paso por los pueblos fué una continuada Misión, pues mientras los grandes y los cortesanos se iban á descansar de sus fatigas del viaje ó las acrecentaban con las visitas y recepciones oficiales, S. E. recorría los conventos, hospitales y demás establecimientos de beneficencia y predicaba al pueblo en las iglesias públicas. "Al llegar á un pueblo cualquiera,—decía uno de los oficiales testigos de aquel viaje,—luego de bajar del coche, sin ir á casa á quitarse el polvo, llamaba al primer niño que encontraba y hacía acompañar por él á

la iglesia; avisaba al Cura de su deseo de predicar, tocábase á sermón, la iglesia se llenaba en un momento y pronunciaba uno de aquellos sermones que dejan en el alma recuerdos imperecederos. Si nos deteníamos en un pueblo, predicaba hasta tres y más veces en un día.," D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, que fué el elegante historiador del viaje de sus Majestades y Altezas por Castilla, León, Asturias y Galicia, refiriendo una de estas funciones improvisadas en la espaciosa iglesia de San Sebastián, parroquia de Villacastín, se expresa de este modo: "En las extensas naves de este templo resonó en la mañana del 22 de Julio la evangélica palabra del Arzobispo de Cuba, Sr. Claret, que escucharon con emoción profunda aquellos honrados labradores. Conmoverador espectáculo presentaba la villa de Villacastín, con aquel auditorio de más de mil almas, pendiente de la palabra del digno Prelado, que una vez sobre tantas otras demostró cuán alto rayan su santa unción y su fe evangélica. Nosotros lo dijimos entonces y lo repetimos hoy: después de haber oído al P. Claret, hemos comprendido en toda su grandeza la colosal empresa de Pedro el Ermitaño (1).," Lo que equivale á decir que el Siervo de Dios, con la eficacia de su palabra, era capaz de levantar una cruzada de caballeros cristianos en favor de nuestra fe y de la religión de nuestros gloriosos antepasados.

De Villacastín pasó, acompañando á SS. MM., á la histórica Olmedo, donde en las pocas horas que el tren se detuvo hizo prodigios su elocuencia. Á las siete de la tarde del 23 de Julio entró en la imperial Valladolid, en la cual desplegó su infatigable celo durante los tres días que allí se detuvo la corte, predicando en casi todos los establecimientos y á casi todas las Asociaciones piadosas de la ciudad. Á las siete de la tarde del 26 salió con los Reyes en dirección á Medina de Rioseco, adonde llegaron á las diez de la noche. Las magníficas iglesias de esta hidalga ciudad se llenaron de fieles que ansiaban escuchar su apostólica palabra. En la noche del 27 estaba ya en León. Á la mañana siguiente fué con la Reina desde el Palacio episcopal, en que ésta se hospedaba, á la Iglesia Catedral, preciada joya de la arquitectura ojival en sus mejores tiem-

(1) *Viaje de SS. MM. y AA. por Castilla, León, Asturias y Galicia, verificado en el verano de 1858*, escrito por D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, página 23.

pos, en donde se cantó un solemne *Tedéum* por el feliz arribo de SS. MM. Luego el Siervo de Dios, mientras los de la regia comitiva examinaban los tesoros de arte encerrados en aquel templo suntuoso y visitaban otros monumentos de la heroica ciudad, cabeza de la Reconquista, se fué á predicar al clero, al pueblo y á las religiosas de las principales iglesias y conventos. Me haría interminable si hubiera de referir uno por uno los diversos puntos en donde dejó oír su voz de apóstol. Oviedo, Gijón, Avilés, Cavadonga, el Ferrol, la Coruña, Santiago, Betanzos, Lugo, Villafranca del Bierzo, Astorga, Benavente, Tordesillas, Arévalo y El Escorial le escucharon sucesivamente con indescriptible entusiasmo, y en todas partes la gente se iba tras él atraída por el suave olor de su santidad, con más respeto y amor que tras los mismos Reyes. El 21 de Septiembre el estampido del cañón anunciada la llegada de los Reyes á Madrid, con los cuales arribó también el Padre Claret, á los dos meses cabales de la salida. Durante este breve tiempo predicó 87 sermones, de una hora por lo menos cada uno (1); y si descontamos las horas que pasó viajando, resultará que por término medio predicó unos tres sermones cada día. Más hubiera, sin duda, aún predicado, á no verse forzado á acompañar por las tardes á los Reyes en las visitas que hacían á las iglesias, hospitales y demás establecimientos de beneficencia.

Tenemos una carta del Siervo de Dios, escrita desde Oviedo y fechada en 4 de Agosto de aquel año, en la cual refería brevemente, y con amable naturalidad y sencillez, los trabajos que con la ayuda del Señor iba haciendo. "Desde que salí, — dice, — de Madrid, no ha pasado día en que, á instancias de la gente, no haya predicado al pueblo, al clero, á las monjas, á las Hermanas de la Caridad, á los establecimientos de beneficencia, á los señores y á las señoras de las Conferencias de San Vicente de Paúl. Ha habido día de tres ó cuatro sermones; todos los días por la mañana los paso predicando, y por la tarde tengo que estar con S. M., que sale á visitar iglesias, conventos, hospitales, etc... Toda la gente de bien me aconseja que no me aparte de su lado, conociendo, no obstante, el grande sacrificio que yo tengo que hacer, porque todos saben

(1) Carta de D. Ignacio Betriu y su hermana Rosa, 27 Octubre de 1858.

que no tengo genio de político, ni de cortesano, ni de palaciego. Ya en Agosto de 1858, á los principios de aquel viaje, habían resonado en Madrid los felices resultados que en las provincias visitadas por S. M. iba obteniendo su ilustre confesor. "Era recio el empeño, en los tiempos que hemos alcanzado, — escribía una notable Revista de la corte, — de desprestigiar el trono y de envilecer al clero; y cuando acaso se creía que los medios conducían al fin, la misericordia de Dios, que se compadece de los que gimen, y su altísima Providencia, que reduce á polvo las maquinaciones de los hombres, ha asociado al sacerdocio y al imperio en amorosísima lazada espiritual, y sacerdocio y trono cruzan hoy la España, que se creía olvidada de los buenos principios, y en todas partes el pueblo aclama con vítores de verdadera alegría á su Reina y con santo recogimiento oye en el templo la palabra eficaz de su confesor, el incansable Sr. Arzobispo Claret. No cumple á esta Revista el deducir consecuencias de tan importante viaje, y sería además difícil hablar de la parte espiritual sin tropezar con la política; basta para nuestro propósito el que se sepa que el Sr. Arzobispo ejerce su primitivo cargo de Misionero allí donde sienta las plantas, y que escriben de todas partes conmovidos por una palabra tan verdadera, acompañada de la autoridad que le da la elevación de la persona y la santidad de su vida (1)."

3. El verano siguiente lo pasó con los Reyes en el Real Sitio de San Ildefonso, lugar deliciosísimo por las maravillas de naturaleza y de arte que allí atesoró el primer Rey de los Borbones españoles, Felipe V. Aunque el buen gusto del P. Claret no era insensible á los encantos de la creación y de las obras artísticas, como lo prueba el hermoso opúsculo que con el título de *Tardes de verano en la Granja* compuso en este Real Sitio, lejos de aprovecharse de aquel agradable retiro para tomar el descanso que necesitaba en medio de tantas y tan abrumadoras tareas, utilizaba su proximidad á Segovia para retirarse con sus amados Misioneros, que, como diré en otra parte, por su mediación habían fundado casa en la histórica ciudad del Acueducto, y para dar ejercicios al clero y anunciar al pueblo la doctrina evangélica. Desde principios

(1) *Razón Católica*, Agosto de 1858.

de Julio hasta mediados de Septiembre duró en 1859 su permanencia en La Granja, y cuán bien la aprovechó se verá por lo que escribían á un periódico de Madrid desde Segovia en 30 de Agosto de aquel año: " Aunque las jornadas de SS. MM. al Real Sitio de San Ildefonso no nos hubiera reportado otras ventajas que la venida del Excmo. Sr. Arzobispo de Cuba, D. Antonio Claret, deberíamos estar agradecidísimos á la misericordiosa y admirable Providencia de Dios. Este Varón apostólico, desde que concluyó sus Misiones en el mismo Real Sitio para los señores sacerdotes y para todo el pueblo, á satisfacción y gusto de aquellos habitantes que vieron en su seno la paz y unión fraternal de que muchos carecían, se trasladó á esta ciudad y Palacio episcopal, dando principio á las Misiones para los eclesiásticos el día 16 y continuando por diez días en la iglesia parroquial de San Esteban. Á ninguno se ha obligado á asistir; pero todos hemos dispuesto nuestras tareas y ocupaciones de modo que no faltásemos á las dos horas por la mañana y otras dos por la tarde, dándonos el ejemplo nuestro dignísimo Prelado.

"El templo estaba concurrido y casi lleno de sacerdotes de la ciudad y de los pueblos inmediatos, cada día más, sin que se oyese apenas la respiración y sintiendo que se concluyesen las dos horas y haciéndonos un momento el tiempo que allí ocupábamos. Poco habría sido el asistir sin haber salido edificadas é inflamados, como los discípulos de Emaús, en santos deseos y propósitos. El Señor, que penetra en los corazones, creo que en esta ocasión se habrá complacido viendo los de sus sacerdotes. Jamás se borrarán de la memoria de los de Segovia las ternísimas escenas y las impresiones poderosas de las Misiones del P. Claret. Sin interrupción se empezaron las Misiones para el público en la iglesia del Seminario, á la hora de las siete y media de la tarde, señalada así para que pudieran asistir cómodamente todas las gentes. Predicó el primer día; pero al siguiente fué preciso trasladarse á la Catedral, porque la espaciosa iglesia del Seminario no era suficiente, no podía contener la inmensa multitud; y en la Catedral continúa la Misión, y cada día es mayor el concurso de todo género de gentes de la ciudad y de los pueblos, y en todas partes están rodeados los confesonarios de penitentes que buscan la absolución de sus culpas.

"Á la vez ha predicado este señor en cada uno de los conventos de religiosas, en las Conferencias de San Vicente de Paúl, á las Hijas de la Inmaculada Concepción, y es infatigable en el confesonario y en su habitación, recibiendo, aconsejando y consolando á todos los que le buscan... La semilla no ha caído ni caerá en vano, y los efectos lo manifiestan ya públicamente. Quiera Dios que esto sirva de lección para todos los pueblos, para los sacerdotes y para el Gobierno, á cuya vista quiere Dios que esto se esté obrando en Madrid y en todas partes... El Señor premie el celo de este venerable Arzobispo, que es la recompensa que le podemos desear y la única digna de sus tareas."

Lo que pone aún más de realce tan extraordinaria laboriosidad es que en esta y en otras ocasiones en que estaba en La Granja, cuando tenía que predicar en Segovia, salía por la mañana del Real Sitio é ibase á pie hasta la ciudad, y por la noche tornaba también á pie á San Ildefonso, conforme lo declaró en el Proceso el Excmo. Sr. Marqués de Novaliches. "Con dificultad,—añade éste,—le detenía nadie en la calle ni en paraje público,"; y de este modo, á más de edificar á los transeuntes con su modestia y recato, no perdía un instante para llegar puntualmente á los lugares adonde tenía que ir.

En el año 1860, antes de emprender con la Reina el viaje á las Islas Baleares, á Cataluña y Aragón, pasó una temporada en San Ildefonso, desde donde fué algunas veces á pueblos algo lejanos, predicando en los que hallaba al paso según la necesidad. Así, por ejemplo, durante el mes de Agosto fué á Ávila á dar diez días de ejercicios, y tanto á la ida como á la vuelta predicó un sermón al pueblo y otro á las monjas del Espinar, situado á la mitad del camino. En la patria de Santa Teresa dejó por mucho tiempo el perfume de su santidad, que embalsamó el palacio del Sr. Obispo, en donde se hospedaba (1), y trascendió á toda la población. En el número 58 del *Boletín de la Sociedad de San Vicente de Paúl*, que se publica en Madrid, correspondiente á Octubre de aquel año, hay una interesante relación del discurso pronunciado por el Siervo de Dios en la reunión verificada entonces bajo su pre-

(1) Carta del ilustre D. Manuel Antonio Domínguez, canónigo de Ávila, 1.º de Diciembre de 1880.

sidencia de la Conferencia de Ávila. Transcribiré algunos de sus principales párrafos que más claramente demuestran la eficacia de la divina elocuencia del santo Prelado y la fama de su santidad. "Escribimos, — comienza la narración, — bajo el influjo de la más grata impresión que hemos sentido en nuestra vida. Hace ya más de ocho días que ocurrió la escena que la causara, y, sin embargo, nuestro corazón se agita de alegría y rebosa de gratitud al recordar la noche del 26 de Agosto último, en que el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo Claret tuvo la dignación de presidir la sesión ordinaria de nuestra Conferencia, y la mayor aún de ilustrarla ampliamente con su palabra, llena de sencilla sabiduría, sobre el espíritu de caridad que ha creado la Asociación de San Vicente de Paúl y sobre el modo de llenar los socios los benéficos deberes que han abrazado para honra y gloria de Dios, edificación propia y bien de los pobres... Quisiéramos recordar exactamente todas sus palabras, pronunciadas con una naturalidad, una sencillez, una dulzura y un cariño imposibles de superar y aun de describirse; dotes admirables, con las que gana el corazón de cuantos tienen la suerte de oírle. „ Á continuación apunta las principales ideas emitidas en el discurso, y termina diciendo: "En fin, nosotros, enamorados, tanto de las ideas como de la forma y del espíritu de dulzura con que nos habló largo tiempo; nosotros, que le amamos como á un Padre, *que le veneramos como á un Santo*, que le creemos instrumento por el que Dios bendice á nuestra Patria y le prepara un risueño porvenir, le despedimos con algunas palabras que pronunció conmovido nuestro Presidente, dándole gracias por sus bondades para con nosotros, felicitándole por sus triunfos durante su Misión en esta ciudad, pidiéndole su santa bendición y asegurándole que, adondequiera que dirija sus pasos, allí le seguirán nuestra memoria y nuestra gratitud por la honra que nos ha dispensado. Aquella noche, la más feliz de la vida de la Conferencia, asistieron los señores miembros efectivos y los honorarios, como si hubiese sido una Junta general, y la colecta fué cinco veces mayor de lo ordinario (1).„

4. Á principios de Septiembre de 1860 emprendió con sus

(1) *Boletín de la Sociedad de San Vicente de Paúl*. Tomo V, Octubre de 1860.

Majestades el viaje á las Islas Baleares, á Cataluña y Aragón. El 10 de este mes se embarcaron en Alicante y el 12 llegaron á Palma de Mallorca. Acerca de las gratas impresiones que dejó en esta ciudad, escribía el Obispo de ella, excelentísimo é Ilmo. D. Mateo Jaime y Gazán, lo siguiente: "Del buen olor de santidad que se dejó sentir á su paso en esta isla y en la de Menorca en 1860, se conservan gratos y edificantes recuerdos entre muchas personas piadosas, y no las ignora la generalidad del pueblo: hechos memorables acaecidos aquí durante su permanencia no han llegado á mi noticia, fuera de su ardor insaciable en buscar almas sin tomarse ningún descanso y en socorrer miserias é infortunios, no sólo con sus recursos, sino también aprovechando sus relaciones con la corte (1).„

De su paso por Menorca también se conservan gratuitos recuerdos. Se hospedó en el Palacio episcopal; la misma tarde de su llegada visitó el Seminario, en donde hizo una plática á los seminaristas y regaló varios ejemplares del *Colegial instruido* á los más pobres de entre ellos. En lo interior de los claustros de Santa Clara predicó á las monjas, y en la iglesia del convento al pueblo; todo lo cual hizo la misma tarde de su llegada, pues á la mañana del día siguiente partió para Mahón. El que le sirvió en esta ocasión como de paje cuenta algunos hechos edificantes, que no quiero pasar por alto. Estando en Palacio recibió aviso de que dos señoras deseaban hablarle, y luego sin responder clavó los ojos en el suelo; el que le dió el recado, que era el presbítero D. Pedro Anglada, añadió que eran personas muy piadosas, á lo cual repuso el Siervo de Dios: "Si, pero son mujeres; dígalas que se sirvan entrar en la sala, y Ud. esté allí mientras yo les hablo.„ Así se verificó, y después de una breve conversación sobre cosas espirituales las despidió con urbanidad, sin levantar nunca los ojos del suelo. Era en él cosa notoria, á pesar del don de castidad que del Señor había recibido, el no hablar nunca á solas con mujeres, sino en presencia de un compañero, y el tener siempre los ojos muy bajos y modestos cuando estaba en presencia de las mismas. Como rasgo de humildad cuenta el mismo Sr. Anglada el haberle visto arreglar los bancos de la mencionada iglesia de Santa Clara para

(1) Carta del 27 de Febrero de 1880.

que se sentaran los fieles, como si fuera un simple sacristán.

El sermón que predicó en la iglesia de Santa María de Mahón fué tal, que repetidas veces arrancó lágrimas al inmenso auditorio, y en el calor del discurso pronunció una frase que estremeció santamente á los oyentes. "Si á alguno, --dijo,-- es menester la cabeza del Sr. Claret para creer las verdades de la Religión cristiana, puede inmediatamente contar con ella,," palabras que pronunció con tal energía y con ademanes de tanta sinceridad, que los fieles prorrumpieron en un extraño llanto, como si vieran ya al santo Arzobispo derramando su sangre por la fe (1).

El 18 de Septiembre había llegado á Mahón con las personas reales, y el 26 del mismo mes estaba ya en Barcelona atrayendo tras sí numerosas turbas, compuestas en gran parte de los que habían tenido ya la dicha de oírle cuando simple Misionero. Para formarse idea del admirable espectáculo que ofrecía el P. Claret rodeado de las muchedumbres, y para comprender que su llegada á los pueblos que recorría era un verdadero acontecimiento, tanto ó más que la visita de los mismos Reyes, por más que no presentara aquel aparato de humana grandeza, tan estruendoso como poco estable, basta leer las siguientes palabras de un autorizado testigo de vista, que se hallaba á la sazón en Barcelona, y fué después Obispo de Canarias y lo es ahora de Segovia: "Allí vi, --dice el Excmo. é Ilmo. Dr. D. José Pozuelo,-- templos espaciosísimos llenos de gente que acudía, más que por experimentar el influjo de su elocuencia, para sentir el de su grande santidad. Recuerdo perfectamente, viniendo un día de la Universidad, haber visto correr á las gentes con apresuramiento y en tumulto, como en los días de motín, teniendo susto, porque creí que era motín de verdad; averigüé la causa, y era que el Excmo. Sr. Claret había salido á la calle á pie y todos se esforzaban por verle y rendir público y extraordinario testimonio de veneración á su santidad (2).,"

De Barcelona hizo privadamente una excursión á Tarragona, en donde el Excmo. Sr. Costa y Borrás, Arzobispo de la misma, que había tenido que ausentarse, había encargado

(1) Carta de D. Antonio Marqués y Llorens, 5 Agosto de 1893.

(2) Oficio del 19 de Septiembre de 1890.

al Maestrescuela de la Catedral, Sr. D. José González Torres, que recibiese en Palacio é hiciese los debidos honores al Prelado huésped. Llegó éste en coche-diligencia como á las diez de la mañana, y sin descansar ni tomar cosa alguna comenzó las predicaciones, continuando hasta bien entrada la noche, y lo mismo hizo en la mañana del siguiente día; de manera que en poco más de veinticuatro horas que permaneció en Tarragona predicó diez ó doce sermones, ya en los conventos de religiosas, ya en las casas de caridad, etc. Al anochecer del día de su llegada pronunció un sermón de hora y media en la Santa Iglesia Catedral, con un auditorio tan numeroso que llenaba, no sólo el crucero, sino también el coro y las vastas naves del grandioso templo, y millares de personas quedaron asombradas del torrente de su palabra fácil y llena de unción, de su copiosa y sólida doctrina y del esforzado y sostenido tono de su voz después de un viaje bastante largo, sin descansar ni comer en todo el día y habiendo pasado la mayor parte de éste predicando, ora en un punto, ora en otro. Y no se crea que al terminar tan largo y fervoroso sermón fuese á reposar de sus tareas, pues al llegar á Palacio le esperaban ya los socios de San Vicente de Paúl, á quienes dirigió una plática que duró más de una hora. Luego tomó por comida y cena una nonada, y se retiró á la habitación que se le había preparado. El señor González Torres, que había oído hablar de la austeridad del Sr. Claret, quiso hacer experiencia de si se acostaba ó no en la cama aquella noche, para lo cual había puesto disimuladamente en ella unas señales que, por necesidad, debían desaparecer ó alterarse al acostarse. Con gran sorpresa suya las halló después intactas y se convenció de lo que ya antes acerca de este punto había oído referir.

Al día siguiente dijo el Siervo de Dios Misa muy temprano y continuó sus predicaciones, como en el día anterior, hasta la hora de la comida, que tomó con la frugalidad acostumbrada, y se despidió para Reus (1).

El 5 de Octubre estaba ya en Lérida reunido á la regia comitiva. En esta ciudad, que había asombrado con sus Misiones apostólicas, renovó las maravillas que hacía en todas partes. Baste decir que al día siguiente, en que hubo besamanos,

(1) Carta de D. Carmelo Sala, canónigo de Tarragona, 29 de Abril de 1880.

cosa enteramente nueva para aquella ciudad, después de haber predicado con extraordinario concurso á las Conferencias de hombres de San Vicente de Paúl, predicó á las señoras en la misma hora en que se verificaba el besamanos, y, no obstante, la iglesia estaba llenísima de señoras, muchas de ellas de las principales familias de la ciudad, las cuales prefirieron oír la apostólica elocuencia del santo Prelado á asistir al besamanos, al que por su posición social parecía natural que concurrieran (1).

Á mediados del mismo mes llegó á Madrid, después de haber dejado en Zaragoza y en las demás poblaciones que hallaron al paso inequívocas muestras de su ardiente celo.

Cuando la corte estuvo en Santander en 1861, el Siervo de Dios, que la acompañaba, se hospedó en el Seminario, del que era entonces Rector el Ilmo. Sr. D. Saturnino Fernández de Castro, Obispo después de León, y los días que allí estuvo los consagró á dar ejercicios á los seminaristas y á predicar al pueblo (2).

Este mismo año dejó en Burgos muy grata memoria, la que quiso perpetuar en sus columnas el *Boletín Eclesiástico* de la diócesis, el cual decía en su número correspondiente al 22 de Agosto de 1861: "No debemos concluir estas líneas sin hacer mención de un personaje que, acompañando continuamente á S. M., contribuye muy poderosamente á dar á sus viajes un aspecto religioso sumamente interesante. Nos referimos al Excmo. é Ilmo. Sr. D. Antonio María Claret, Arzobispo de Trajanópolis y confesor de S. M. la Reina. Este insigne Prelado, infatigable Misionero apostólico, dondequiera que se encuentra no desaprovecha ocasión alguna para predicar la palabra divina. Tres días ha permanecido en esta ciudad y le hemos visto recorrer todos sus conventos, dirigiendo en todos á sus religiosas las más oportunas y santas exhortaciones. El viernes 16, habiendo predicado cinco veces por la mañana, se dirigió al Real Monasterio de las Huelgas, y después de dos pláticas, una á las señoras de dicho Monasterio y otra á los señores capellanes de él y del Hospital del Rey, regresó á la ciudad, y en la Santa Iglesia Metropolitana, concluido el rezo

(1) Declaración de Juan Maestre, propietario y abogado de Lérida. Ad art. 132.

(2). Carta del Ilmo. Sr. Obispo de León, 14 de Enero de 1880.

del santo Rosario, que guió por sí mismo, subió luego al púlpito y estuvo sembrando la palabra divina por espacio de más de hora y media. Trabajos asombrosos, celo y caridad poco vista en estos tiempos, y que parece increíble pueda soportar una persona en medio de una extrema sobriedad en su comida y de continuas mortificaciones. Más nos extenderíamos sobre esto si no temiéramos ofender la humildad de Prelado tan eminente y si no supiésemos que acciones tan meritorias no necesitan alabanzas terrenas, escritas como están en el libro de la vida; pero séanos lícito elogiar el acierto y celo piadoso de su Majestad en haber escogido al Excmo. Sr. Claret por su director espiritual y por hacerse acompañar de él en sus viajes, que equivalen á otras tantas Misiones (1)."

5. Pero el viaje que más llamó la atención, tanto en Madrid como en Provincias, fué, sin duda, el de 1862, tanto por haberse verificado en uno de los puntos más necesitados de España, cual era Andalucía, como por los brillantes resultados que en él alcanzó. Tristísima es la pintura que de aquella pintoresca región dejó trazada el mismo Siervo de Dios en sus Manuscritos. La propaganda impía que protestantes y socialistas habían hecho entre sus moradores, dió por resultado la célebre *sublevación de Loja*, dirigida por una Sociedad secreta, en la cual no bajaban de veinte mil los alistados. Para sofocarla fué menester derramar sangre é imponer el destierro á muchísimas personas, las que no pudieron volver al seno de sus familias sino por un indulto general que dió la Reina en este viaje. Mil ciento ochenta y tres fueron los encausados á consecuencia de dichos acontecimientos, como consta por documentos oficiales. "No fueron pocos,—dice el santo Arzobispo,—los medios de que los enemigos se valieron para pervertirlos; pero particularmente se sirvieron del dinero, de libros y papeles muy malos y discursos plagados de errores de muchos charlatanes. Perseguían además al que no se alistaba, le impedían el trabajo y le exponían á perecer de hambre. Decían los propagandistas del error, que el hombre no debe reconocer á otro padre ni á otra madre que á la tierra; porque los hombres son como los hongos, que nacen de ella sin contar con Dios para nada; que los Reyes y los Ministros son unos

(1) *Boletín Eclesiástico* de Burgos, 22 de Agosto de 1861.